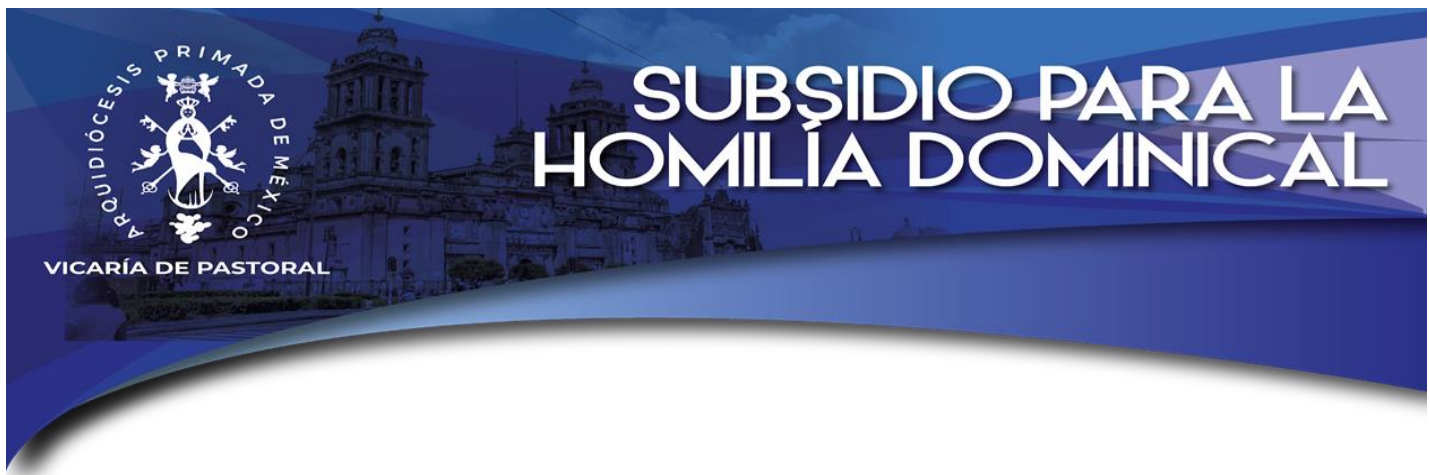


2 de noviembre de 2025
CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS



LECTURAS

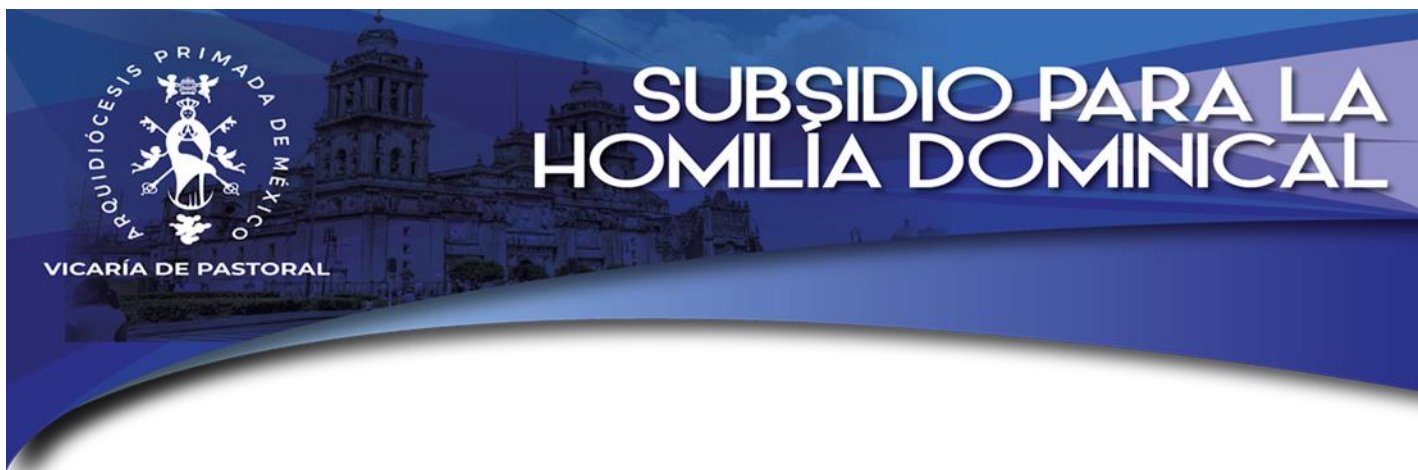
Isaías 25, 6a. 7-9: Aquel día, el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país. —Lo ha dicho el Señor—. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación»

Salmo 129: Desde lo hondo a ti grito, Señor, Señor, escucha mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿Quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa. Y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

Tesalonicenses 4, 13-14. 17b-18: Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

Juan 6, 51-58: En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: —«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: —«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: —«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come

mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».»



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

Hoy el Evangelio nos presenta una de las declaraciones más profundas y provocadoras de Jesús: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre". Estas palabras no solo causaron asombro entre sus oyentes, sino también confusión y escándalo. "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?", se preguntaban. Y es que Jesús no está hablando en metáforas suaves. Está revelando un misterio que toca el corazón de nuestra fe: la Eucaristía.

El Pan que es Carne, la Carne que es Vida; Jesús no dice simplemente que nos da alimento espiritual. Él afirma que su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida. ¿Qué significa esto? Que Dios no se queda en lo abstracto. Se encarna, se hace cuerpo, se hace pan. Y ese pan no es solo símbolo: es presencia real, es comunión, es vida entregada.

En cada Eucaristía, no solo recordamos a Jesús. Lo recibimos. Él se nos da como alimento que transforma, que sana, que une. Comer su carne y beber su sangre es entrar en una relación íntima con Él, es permitir que su vida se mezcle con la nuestra, que su amor nos habite.

Habitar en Él, vivir por Él; Jesús dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él". No se trata solo de un acto ritual. Es una invitación a vivir en comunión, a dejar que su modo de amar, de mirar, de servir, se vuelva nuestro. Es vivir por Él, como Él vive por el Padre.

¿Y qué significa vivir por Jesús? Significa dejar que su compasión nos mueva, que su justicia nos incomode, que su ternura nos transforme. Significa ser pan para los demás: pan que se parte, que se reparte, que se entrega.

Para la vida del mundo; Jesús no dice que su carne es solo para los que creen, sino "para la vida del mundo". La Eucaristía no es un privilegio cerrado, es una misión abierta. Cada

vez que comulgamos, somos enviados. En cada misa, somos llamados a ser presencia de Cristo en las periferias, en los que tienen hambre de pan, de dignidad, de sentido.

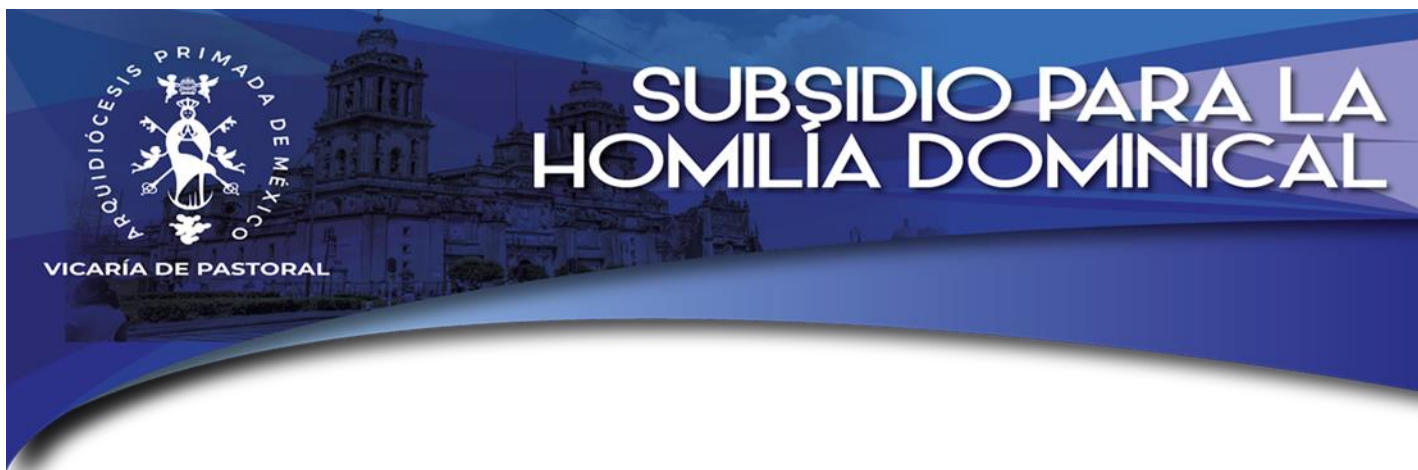


SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

Hoy, al escuchar estas palabras, dejemos que el asombro nos despierte. Que la Eucaristía no sea rutina, sino encuentro. Que al recibir el Pan vivo, nos dejemos transformar en pan vivo para los demás. Porque el que come este pan, vivirá para siempre... y hará vivir a otros.

Algunas sugerencias:

- Participar activamente en la Eucaristía, no solo como un rito, sino como un encuentro real con Jesús que transforma.
- Reflexionar diariamente sobre cómo podemos ser "pan" para los demás, es decir, cómo podemos compartir amor, servicio y compasión en nuestra vida cotidiana.
- Buscar oportunidades concretas para ayudar a quienes tienen hambre, no solo de alimento físico, sino también de dignidad y esperanza.
- Ser conscientes de que recibir el Pan de Vida implica también un compromiso con la justicia y la solidaridad en el mundo.
- Orar para que el Espíritu Santo nos guíe y fortalezca en nuestra misión de ser pan partido y compartido.

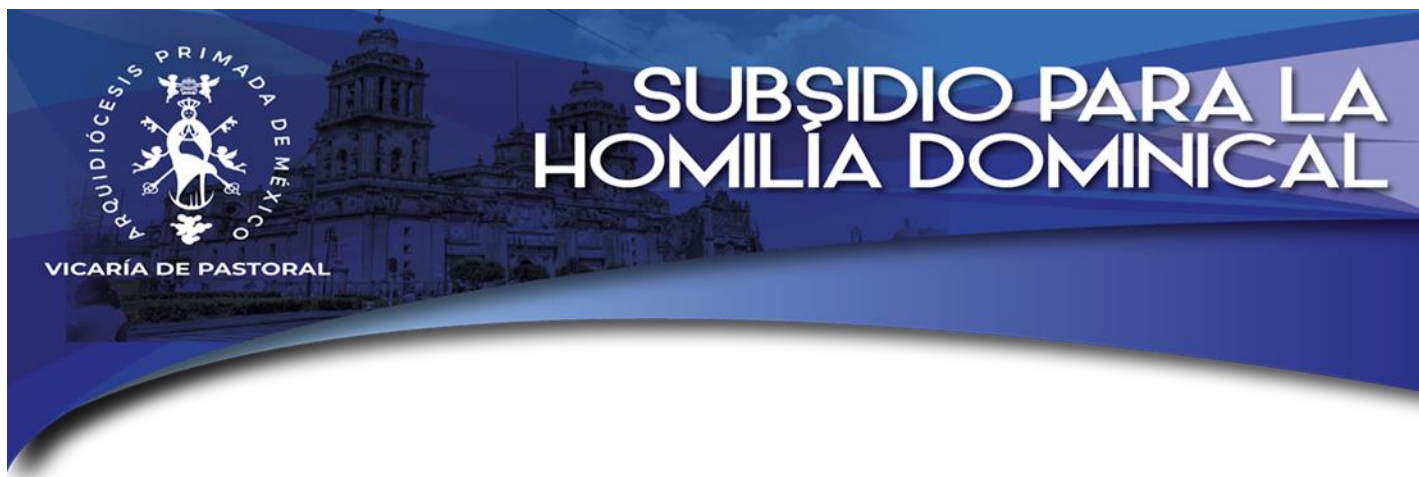


CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<http://bit.ly/4hksMrs>



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



**Papa León XIV: AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 15 de octubre de 2025**

<http://bit.ly/476Kz21>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Vida en Cristo

Este año la celebración de los fieles difuntos cae en domingo, por lo que la liturgia de la palabra de los diferentes esquemas sugeridos tiene la intención de iluminar el misterio de la muerte desde una perspectiva cristiana. El texto del evangelio de Jn 6,51-58 ilumina de una manera especial al mostrarnos la íntima conexión entre la eucaristía y la vida que Dios desea darnos. Dios nos hizo para vivir, él es el Dios de la vida, no quiere que muramos, sino que vivamos en la vida más perfecta posible, su propia vida. Él se da cuenta de que a veces vivimos como muertos vivientes, lejos de esa vida verdadera que él nos quiere dar. Y para eso se hace pan, para alimentar en nosotros la vida para la que fuimos hechos. Te compartimos aquí algunos puntos que puedan ayudarte en tu vida cotidiana.

1. "El pan que yo les daré es **mi carne**". Cuando comulgamos, no estamos haciendo un acto simbólico, no estamos haciendo una metáfora, realmente nos estamos uniendo a la carne del hijo de Dios, nuestra carne se hace una con la suya. La próxima vez que tengas la oportunidad de comulgar, intenta pensar que te estás fundiendo con él.
2. El que come mi carne y bebe mi sangre **tiene** vida eterna. Llama mucho la atención que la afirmación que Jesús hace está en tiempo presente: "tiene". No se trata de una promesa futura, sino de una realidad presente. Comulgar me hace tener vida eterna aquí y ahora. ¿Significa entonces que soy inmortal? No como quizá lo estés pensando, significa que la vida verdadera, la vida perfecta, la vida sin fin, la vida de Dios está en ti. ¡Si tan sólo los cristianos nos creyéramos que tenemos la vida de Dios aquí con nosotros!
3. El que me come **vivirá por mí**. Cuando captamos que la comunión nos da la vida de Dios, entonces nos damos cuenta de que poseemos una vida distinta, superior a la vida puramente física o biológica, la vida del espíritu, que ni la misma muerte puede destruir. Y esta vida del espíritu transforma ya desde ahora nuestra manera

de vivir. Dejamos de vivir para las apariencias, para el éxito o el honor, comenzamos a vivir por Él, experimentando una vida mucho más perfecta, feliz y con sentido.

